

Dr. Alejandro Vásquez A.

Alberto Rojas Jiménez

POETA ERRANTE



ALBERTO Rojas Jiménez le agradaba visitar Quillota, cuna de sus antepasados y valle donde corrió el claro manantial de su infancia. Pasaba por las calles mirándolo todo, deteniéndose frente a algunos edificios, asomándose por encima de las cercas, para aspirar el perfume de las flores de chirimoyos, azahares y jazmines. En la calle San Martín casi esquina de Yungay, está la casa que construyeran sus abuelos. Es una casona inmensa, llena de piezas, con dos patios, con bodegas y caballerizas y con un gran huerto de chirimoyos y de paltos. Era la antigua casa del terrateniente quillotano, construída especialmente para guardar los productos del fundo y albergar a su numerosa familia. Con el correr del tiempo, la casa pasó por muchas manos y sin sufrir mayores transformaciones fué arrendada a diversas personas. Cuando yo la conocí se decía que todos los arrendatarios, desde mucho tiempo atrás, habían perdido en ella algún deudo querido. A mí me correspondió atender en esta casa a una joven que murió de una tuberculosis galopante y a un niño de meningitis tuberculosa. Se creó en torno a ella una leyenda fatal y durante muchos años permaneció desocupada. Por esa época, Alberto Ro-

jas Jiménez visitaba solo y despacio la casa abandonada. Era para él una dulce excursión al país de la infancia.

Escápado de la vorágine Santiaguina, llegaba al rincón provinciano en busca de un baño de paz para su alma atormentada, añorando el seno materno. El sabor elemental de las cosas de la edad infantil, destilaba recuerdos inocentes que estremecían tiernamente su alma compleja y satánica de bohemio errante. El patio de chirimoyos, cargados de grandes frutas como puños de terciopelo, emergiendo sobre la maraña olorosa de violetas y jacintos; o la luz tamizada por los vidrios de colores de una vieja mampara; o el sostenido canto de los sapos; o el alegre cacareo de las gallinas; o el sabor incomparable de un huevo fresco apenas cocido. Todo esto que animaba el camino de su infancia le hacía un bien inmenso.

En estas fugas, Alberto me dedicó tres visitas. La primera fué sólo una solicitud de rescate: me pedía en una esquila enviada por un mensajero, que lo salvara, pues lo tenían en rehenes en el Hotel España, por deudas. Cumplí su encargo; lo acompañé por algunos minutos y partió a Santiago.

La segunda vez se hizo anunciar en forma muy original por teléfono:

—Avisan del Hospital que el señor Director General de Beneficencia vendrá a visitarlo, me dijeron.

Lo esperé extrañado sin salir de casa. Era el mediodía y tenía que visitar aún a algunos enfermos en la calle. Al poco rato, el viejo coche del Hospital se anunciaba a la distancia por el estrepitoso rodar de sus llantas de acero. Se detuvo frente a mi casa y a través de los vidrios biselados de la ventanilla, pude contemplar al visitante, es decir, darme cuenta que vestía delantal y gorra blanca de médico, pues el rostro quedaba medio oculto, mientras él trataba difícilmente de abrir la portezuela. El cochero del Hospital había saltado del pescante y abierto la puerta. Con la majestuosidad de un taumaturgo, avanzó hacia mí este misterioso personaje delgado, pálido y sonriente. Me

abrió sus brazos y el Director General, se transformó en el poeta Alberto Rojas Jiménez. Había detenido al coche del Hospital y convencido rápidamente al cochero de que debía ayudarlo en una broma de buen gusto, a su amigo el Director del Hospital. Como en otras ocasiones, hacía veinticuatro horas que había llegado a la ciudad y después de su itinerario romántico, había pasado en el Hotel de la Estación, al lado de su botella de vino y de muchos amigos circunstanciales, monologando. Su aspecto era un poco desordenado y báquico. Un alto cuello blanco un poco ancho, le hacía aparecer muy enflaquecido; su corbata con el nudo a medio hacer, corrido a un lado y su camisa mostrando numerosas manchas de vino, que inútilmente trataba de ocultar. Por otra parte el terno oscuro, completamente arrugado, hacía pensar que había dormido vestido.

Mientras se bañaba cantando, se le preparó todo para su transformación y momentos más tarde, el flamante Director General pasaba al comedor correctísimo.

Parco en comer y por el ambiente familiar, mesurado en la bebida, conversó alegremente, discurrió elegantemente sobre su vida en Montmartre y dijo algunos chistes a los niños. Su doble yo, sencillo y bondadoso, era quien generalmente lo acompañaba durante el día. El otro yo, lírico, demoníaco y altanero, era su traje de noche. Sin embargo, en esta visita, de sobremesa, solo él y yo; me habló de sus proyectos, de sus angustias económicas y de la incomprensión de la gente. Su desorden era según él, consecuencia de la incomprensión ambiente. Me recitó algunos poemas inéditos, claros y subjetivos. Me leyó esta vez, además, una evocación de la legendaria Procesión del Pelicano de la Parroquia de Quillota. Contaba en su narración, que él había actuado una vez como uno de los angelitos de las andas que paseaban alrededor de la plaza. En aquel tiempo, comentó, yo era un niño lindo, rubio y sonrosado. Este trabajo había sido publicado en «La Nación» de Santiago. Lo conservé algún tiempo archivado, luego lo presté para que un escritor amigo hiciera un

trabajo sobre las costumbres del Quillota viejo y no volvió a mis manos nunca más.

Solicitado por mis clientes en la hora de consulta, le pedimos, juntos con mi mujer, que se quedara con nosotros algunos días; pero, como de costumbre, se levantó de la mesa, dió las gracias en forma muy versallesca a la dueña de casa y partió para su destino.

Un año más tarde, vino a verme por última vez. Los primeros fríos del Otoño se estaban haciendo sentir y yo con mi familia gozaba un momento de las delicias del hogar, leyendo junto a la salamandra encendida.

Qué raro parecía esta vez, con su rostro blanco más que pálido, de una palidez que se prolongaba al cráneo, que desprovisto de su melena bohemia, totalmente afeitado, recordaba el cráneo de los bonzos del Japón. Su humorismo, esta vez, se había extralimitado y nos era inexplicable. Alberto muy serio y muy fino, cumplía sus deberes sociales de preguntas y respuestas para con mi familia. Yo lo miraba sonriente y sorprendido. Momentos después, a solas, me confesó que su querida melena había quedado en Calera.

—Tu comprendes, en el bar, una copita de vino y otra copita de vino; un grupo de obreros filarmónicos que me echa «tallas» por mi melena de poeta; entre ellos dos peluqueros que ofrecen sus servicios, los que yo acepto, si los diez del grupo me acompañan en igual sacrificio. Otra copita de vino sella el pacto y allá me tienes de inspector de peluquería, yo me quedé para el último porque no quería ser burlado. Al final, todos mis compañeros con el cráneo rasurado, oficiaban bebiendo y cantando tras de mí, el supremo sacrificio de mi lírica melena. Eso es todo. ¿No lo encuentras sublime? Yo tampoco, terminó diciendo y tocándose su bola de billar; porque siento un frío inmenso en la cabeza y no tengo sombrero...

En el fondo, lo acontecido, si tenía gracia, no dejaba de ser amargo y doloroso. Mi amigo, el elegante y dionisiaco poeta de

otros tiempos, había condescendido demasiado con la vida. Todo eso lo dijeron mi mirada y mi silencio. Alberto lo notó y como un niño, con los ojos bajos, me prometió enmienda. Sin duda estaba avergonzado, recordando mis largas conversaciones con él, llenas de consejos paternos.

Acto continuo, abrió una carpeta, y extrajo de su interior numerosos originales y fotografías. Empezó pasándome el retrato de una joven cubierta con uno de esos feos sombreros que se usaron, allá por el año 29. Representaba a Nanette, su esposa de París, su compañera de aventuras y la madre de su hijo.

—Era una mujercita encantadora y comprensiva, me dijo.

—No lo dudo, las parisinas tienen fama de sensitivas pero realistas, contesté.

—La mía tuvo además, la virtud de darme un hijo; el bebé era algo extraordinario, si tú lo hubieras conocido... Pero aquí tengo su retrato; guárdalo tú como un recuerdo mío, me dijo pasándome la fotografía después de haber escrito en el reverso, una dedicatoria.

Después de mirar ambas fotos y de comprobar que la mirada del niño recordaba mucho a la del padre, se las devolví.

—Creo que estos recuerdos íntimos deben acompañarte siempre.

—En efecto, me han acompañado siempre; tanto que los llevo grabados en mi corazón y por eso es que te los dejo. Nada puedo dejarte, que me sea más querido; además toma esto, mi último libro, Africa...

Yo me sentía confundido. Rechazar sus obsequios preciosos era ofenderlo; aceptarlos, era tal vez un abuso de amistad.

Quien sabe qué misterioso impulso lo guiaba en esos momentos, como en una postrera despedida. No creo en los presentimientos, pero algo de extrahumano vibraba en la insistencia del poeta, a que me quedara con sus pobres tesoros. Guardé para mí los retratos de su Nanette y de su pequeño parisiense; leí a la ligera los titulares de algunos recortes de periódicos que

me entregó; y de Africa tomé sólo dos cuadernillos, todo lo demás se los devolví cariñosamente, cerrando su carpeta.

Estaba realmente triste aquella tarde, con su aspecto tragicómico, sin la protección romántica de su vieja melena.

—Qualquiera diría que has venido a decirme adiós para siempre, o a distribuir los legados de tu testamento, le dije.

—Todo puede ser, Alejandro, y como ves, tomo mis precauciones.

Me pareció más delgado, más pálido, tal vez enfermo. Como otras veces, quise examinarlo, pero no me lo permitió.

—No he venido a ver al médico, sino al buen amigo, al hermano y al pueblo de mi niñez.

—Qué importan los males físicos cuando el alma está joven y vibrante, continuó.

Me preguntó la hora. Había llegado el momento de partir a tomar su tren de regreso a Santiago y al anochecer de aquel día otoñal, después de un abrazo estrecho, partió nuevamente el amigo pródigo, que fué Alberto Rojas Jiménez.

Hoy, buscando papeles en mi archivo, me han salido al encuentro estos recuerdos materiales del poeta.

Me he prometido cumplir el antiguo deseo de dar a conocer este aspecto de su vida. Será como rendir homenaje a la memoria de este lírico chileno, que escribió tantas cosas bellas, que fué un gran creador de metáforas rutilantes y que, pródigo con todo, fué dejando jirones de su propia vida en todas las encrucijadas.

He aquí, dos capítulos originales de su novela Africa, el IX y el XI. Lamento ahora no haberlos guardado todos. Son los eslabones perdidos de su novela trunca e inédita.

He aquí el retrato de su mujercita Nanette, tierna y comprensiva, heroica y abnegada.

Y he aquí la fotografía de su hijo: un hermoso niño de carita redonda, frente despejada y amplia, enmarcada por una pelusilla rubia; ojos grandes y melancólicos, naricilla respingada,

boca pequeña y fina. El conjunto me evoca el rostro de Alberto. Su madre ha puesto al pie una dedicatoria breve y sencilla: «Pour mon papa»—París le 12 fevrier 1929—*Serge*.

El poeta no lo vió crecer a su lado, talvez no supo más de él sin embargo, este pequeño cartón parisiense le acompañaba en el naufragio de su vida; era un símbolo. *Serge*, significaba belleza, bondad, pureza. Sus ansias de superación, sus inmensos sueños de amor y de gloria. En el reverso, Alberto me dedicó las siguientes palabras: (primero que todo su ex libris: una botella de vino y una copa) y después «Para Alejandro, poeta, mago, hermano, padre y víctima de mi desorden. 1934).

Toda su historia de poeta errante en esta imagen inocente. Un medallón documental de su vida aventurera, con anverso y reverso; con luz y sombra.

Quillota, julio de 1946.